

LA NUEVA LUCHA DE CLASES

La intervención soviética en Praga es el resultado de un gigantesco afrontamiento social

Obedientes a nuestro afán de ofrecer a los lectores una información objetiva y veraz de los sucesos de Checoslovaquia, hemos tenido en cuenta su inserción en el proceso histórico y socio-económico, y su valor como síntoma y como expresión de la situación real en el mundo socialista. Hemos tratado también, en la medida de lo posible, de dar una interpretación radical de los mismos, desbrozándolos de esa corteza anecdótica que tantos comentaristas no han sabido atravesar. Hoy nuestras páginas se abren a dos voces personales, pero autorizadas. Autorizada la primera —la del intelectual Ila— por su papel protagónico en la crisis; la otra, la de Gilles Martinet, porque responde a un estudio concienzudo y cercano, desarrollado a lo largo de muchos años, de las sociedades socialistas, sirviéndose de su misma declarada metodología. He aquí el punto de vista de Martinet —en exclusiva de TRIUNFO para España— acerca de las tensiones reales que cruzan esas sociedades, y el papel de tales tensiones en la coyuntura actual. Punto de vista sin duda discutible y polémico, pero —no hace falta subrayarlo— muy altamente interesante.

A nadie se le ha ocurrido buscar una explicación marxista a esta guerra entre marxistas, es decir, estudiarla a la luz de un método basado en el análisis de las contradicciones sociales. Se trata de que la misma existencia de estas contradicciones es negada por los gobiernos de las democracias populares. La democratización política no se ha hecho explosiva sino a consecuencia de los proyectos de reformas económicas.

la crisis económica

Todo empezó con la gran crisis del sistema de planificación y de gestión instaurado por Stalin en los años treinta y reproducido fielmente a partir de 1947-1948 en todas las «democracias populares» europeas. Uno de los signos más aparentes de esta crisis fue, como se sabe, la lentificación de los ritmos de producción. De 1948 a 1955 la renta nacional de estos países registró aumentos que iban del 8 al 14 por 100 anual. De 1956 a 1966 este crecimiento se situó solamente entre el 3 y el 6 por 100. Checoslovaquia conoció, incluso, dos años sin el menor progreso...

Ahora bien, los regímenes socialistas se fijaban como objetivo el alcanzar y luego sobrepasar la producción de los países capitalistas. En consecuencia, estos resultados eran para ellos catastróficos. La economía soviética progresa mucho menos de prisa que la japonesa y a un ritmo vecino del de la economía americana, lo que quiere decir que en cifras absolutas los Estados Unidos, más poderosos desde el principio, acentúan su avance sobre la Unión Soviética, de donde se deriva la necesidad y urgencia de una reforma. Los expertos encargados de determinar sus principios, parten todos del mismo diagnóstico. El sistema estalinista, según ellos, estaba adaptado a una época en la que se pretendía favorecer ante todo el desarrollo extensivo de la economía. Esta época ha pasado y resulta conveniente denunciar sus defectos. Ota Sik, el reformador checo, es quien ha pronunciado la condena más clara y explícita. Escuchémosle.

«Las inversiones repartidas por el Estado socialista eran afectadas a la construcción de nuevas fábricas y a la puesta en servicio de una cantidad suplementaria de máquinas. Pero, al mismo tiempo, los fondos disponibles para la renovación y la modernización del parque

de máquinas y del equipo industrial existentes eran cada vez más reducidos. Las nuevas inversiones no compensaban la baja del material envejecido. Por consiguiente, si el volumen de las inversiones estaba en constante aumento su eficacia disminuía».

Los dirigentes comunistas, durante la guerra fría, habían sacrificado el porvenir a la búsqueda de balances espectaculares. Iban a pagar cara esta política. Entre 1950 y 1958 era preciso invertir una cantidad media de doscientos diez rublos para aumentar en cien la producción industrial soviética. Entre 1959 y 1966 se precisaban trescientos treinta rublos para lograr el mismo resultado.

La situación era tanto más grave cuanto que el propio sistema de planificación sufría de una increíble rigidez. Es cierto que se trataba de un sistema basado en métodos administrativos y no económicos, que obedecían a normas simplistas y, en ciertos aspectos, arcaicas, el índice de producción global y el índice de baja de costos. El mecanismo arbitrario de los precios agravaba aún más esta situación. Se subvaloraban las materias primas y los medios de producción, mientras se hacía lo contrario con los bienes de consumo. La tonelada de carbón se vendía en ciertas cuencas mineras soviéticas a veinticuatro rublos, a pesar de que su precio de costo era de sesenta y dos. En revancha, el precio de las prendas de vestir era prohibitivo.

la burocracia amenazada

Así se hacía imposible el determinar la eficacia real de los diferentes sectores de la economía y el dirigir esta economía de un modo racional. Después de establecer este diagnóstico, los expertos preconizaron una serie de remedios: reblandecimiento de la planificación, descentralización, auto-

mía de gestión de las empresas, sustitución de las antiguas normas por el índice de beneficios, reforma del sistema de precios respecto de las leyes económicas... Estas diferentes propuestas tenían en apariencia un carácter esencialmente técnico. De hecho, ponían en tela de juicio el equilibrio social sobre el que se apoyaban todos los regímenes de la Europa del Este, de la URSS a Checoslovaquia pasando por Polonia y Hungría.

El antiguo sistema de planificación era, en efecto, inseparable del predominio de una capa social que se confundía con el Estado, la de los «apparatchiki» del Partido Comunista. Esta capa social se sintió inmediatamente amenazada por la reforma. Michel Tatu describió muy bien su reacción: «Mientras la economía funcionó según el principio estalinista del "mando completado por el entusiasmo", los "apparatchiki" tenían naturalmente su puesto en el sistema, organizando campañas de emulación, movimientos "stajanovistas" y luego "trabajo comunista", brigadas de choque, etcétera...; en una palabra, organizando en torno al trabajo toda la mística del "entusiasmo laborioso" que llenaba las páginas de los periódicos. Pero si la economía empezaba a funcionar según sus propias leyes, por sí sola hasta cierto punto, ¿para qué iban a servir el Partido y sus "apparatchiki"? Incluso si conservaban sus funciones políticas e ideológicas a escala territorial no les gustaría verse apartados de las fábricas o amenazados con ello».

La política de los hombres del aparato tenía, pues, a reducir el alcance de la reforma. Aceptaban una cierta descentralización, admitían cierta autonomía de las empresas, no ponían obstáculos a la introducción del criterio de beneficio. Pero pretendían limitar las posibilidades de acción de sus rivales, los altos cargos de la economía, los directores de empresa, los gestores o, para emplear una



El tándem Breznev-Kosygin simboliza la antagónica alianza entre burócratas del Partido y gestores técnicos de la economía. Sus choques y compromisos llenan la historia de estos últimos cinco años.

fórmula occidental, los tecnócratas.

Estos tenían tendencia a considerar a los «apparatchiki» como parásitos. Se sentían capaces de desempeñar un papel cada vez más importante en la gestión de la economía nacional. La reforma les daba inmensas esperanzas. Toda la historia de estos cinco últimos años, tanto de la URSS como en los demás países europeos, está dominada por los choques y los compromisos entre un grupo en declive, pero aún muy poderoso, los santones del Partido, y una capa ascendente pero todavía insegura de su fuerza, los gestores y los técnicos de la economía. El tándem Breznev-Kosygin simboliza esta «alianza antagónica».

la reforma checa

Al principio de la reforma la capa social de los «apparatchiki» había logrado conservar el predominio. Había impuesto la tesis según la cual el dirigente político «refuerza y completa» al dirigente económico y, «sin injerirse continuamente en el trabajo diario del especialista», debe aportarle una «ayuda concreta» y proceder a «un control profundo de la ejecución de las decisiones tomadas». Pero se trataba de una situación irracional y, en consecuencia, precaria. Las necesidades del desarrollo económico exigían que fuera puesta en tela de juicio, y ello se llevó a cabo, efectivamente, en Checoslovaquia.

Puesto que la economía checoslovaca era a la vez la más antiguamente industrializada y la más atañida por la crisis, sus reformadores fueron quienes hicieron proposiciones más radicales. Basaron la autonomía de las empresas en bases mucho más serias que las que se habían tenido en cuenta en la URSS. La marcha de las empresas seguía ligada a la realización del plan, pero éste no influía más que sobre los objetivos a largo

plazo y las decisiones microeconómicas, debiendo las empresas tener en cuenta no la intervención de los organismos ministeriales, sino su propia capacidad de autofinanciación y los créditos bancarios. El sistema de crédito se convertía en el verdadero regulador de la expansión.

La reforma checa preveía, por otra parte, reagrupamientos que habrían llevado a la creación de ciento cincuenta o doscientas grandes unidades industriales. Las dimensiones de esas unidades debían establecerse de tal modo que ninguna otra instancia, más pequeña o mayor, fuera capaz de tomar decisiones más eficaces. Así se lograría la correspondencia entre el grado real de socialización alcanzado por la economía y las estructuras de la colectivización.

Este último punto es capital. La principal contradicción de las sociedades socialistas contemporáneas reside, en efecto, en la «no-correspondencia» entre el modo de apropiación formal de los medios de producción, que se confunde con la propiedad del Estado, y su modo de apropiación real, el de unidades relativamente independientes que no pueden ser dirigidas a partir de un centro único, como si se tratara de los talleres de una misma empresa. Dicho de otro modo, la propiedad tiene, en estas sociedades, un doble carácter: el de una propiedad del Estado y el de una propiedad colectiva autónoma.

Mientras la planificación sigue siendo autoritaria y rigurosa, el Estado ejerce sus derechos de propiedad al máximo. Pero cuando la autonomía de gestión permite a una empresa llevar a cabo sus propias inversiones, negociar sus contratos, decidir sus procedimientos de fabricación, esta empresa tiende a sustituir la ficción jurídica de la propiedad de Estado por la realidad de una nueva fórmula de propiedad colectiva. Es evidente que a los «apparatchiki» les interesa evitar que esas diferencias se manifiesten demasiado claramente, mientras

que los gestores de la economía, por el contrario, tienden a acentuarlas. El conflicto que madura en toda la Europa del Este y que ha hecho explosión en Checoslovaquia es, en primer lugar, un conflicto entre «burócratas» y «tecnócratas».

con reticencia

Pero no puede quedar circunscrito a estas dos capas sociales, ya que una y otra necesitan el apoyo popular. Los gestores de la economía encuentran sus primeros aliados en la «intelligentsia» —profesores, estudiantes, escritores, artistas, etc.—. Esta aspira, naturalmente, a la libertad de expresión, y sabe por experiencia que los «apparatchiki» no están dispuestos a concedérsela. Los «gestores» se alían con ella aprobando sus reivindicaciones y pidiendo, en especial, la libre circulación de las informaciones y la supresión de la censura. Pero el apoyo de la «intelligentsia» no basta. Es preciso también el de la masa obrera. Ahora bien, ésta acoge la reforma con cierta reticencia. No ignora que su nivel de vida es inferior al de los trabajadores occidentales y aspira a que se operen cambios, pero la burocracia le ha garantizado hasta ahora una indiscutible seguridad. Los salarios son relativamente bajos, pero los alquileres también lo son y, sobre todo, está la permanencia del empleo. Incluso cuando los efectivos de la empresa son manifiestamente pletóricos no se despide a nadie. Esta seguridad es lo que pone necesariamente en tela de juicio la reforma. Algunas fábricas construidas en el período del desarrollo extensivo deberán ser cerradas. Otras, más numerosas, serán implacablemente «desengrasadas». Finalmente, el abanico de los salarios deberá ser ampliado.

Los «burócratas» van a jugar con el miedo a las consecuencias de

estos cierres y de estas conversiones. Ellos, que antes apelaban al heroísmo de los obreros, tienen ahora en cuenta las reacciones de tipo «poujadista». Así es como Novotny intenta apoyarse en los trabajadores en diferentes fábricas amenazadas por la reforma. Para anular la maniobra, el partido de los «gestores» no tenía más que una solución, ofrecer a la clase obrera lo que los «apparatchiki» no podían darle, es decir, la democratización de la gestión. Tres semanas antes de la intervención soviética, Dubcek había aprobado un proyecto de creación de consejos obreros en las empresas, llegando así a un umbral que la Unión Soviética y el bloque de partidos comunistas «conservadores» consideraban infranqueable. Lo que aún era tolerable cuando el conflicto se limitaba a las cuestiones de la reforma económica, ya no lo era al abordarse en toda su amplitud el problema de la democratización política y económica.

La presión ejercida sobre el gobierno checo a lo largo de los meses de julio y agosto tuvo, sin embargo, un efecto contrario al que los soviéticos esperaban. Al suscitar reacciones nacionales empujaban hacia los reformadores a la fracción de las masas populares que normalmente hubiera sido sensible a la demagogia novotnyista. De este modo el engranaje conducía a la intervención armada... Si la burocracia rusa tomó la iniciativa de ella no fue para defender al socialismo, que en absoluto se veía amenazado en Checoslovaquia. Fue para aplastar en embrión un movimiento que podía ganar a todos los otros países socialistas, incluida la Unión Soviética. La acción de esta burocracia ha sido la de una fuerza dura e imperiosa que ha desempeñado un gran papel histórico, pero que ha entrado definitivamente en el período de declive y a la que, en los países occidentales, abandonan aquellos mismos que soñaban con imitarla. ■ GILLES MARTINET.